



## DÉCIMO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO\*

*Luis Fernando Crespo*

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

**Lecturas:** Génesis 3,9-15; 2Corintios 4,13 -5 ,1; Marcos 3,20-35

Después de Pentecostés hemos regresado al “Tiempo Ordinario” del año litúrgico. En los dos primeros domingos se celebraron las fiestas de la Santísima Trinidad y del Cuerpo de Cristo, retomando hoy la secuencia de los domingos del ciclo B y las lecturas del evangelio según Marcos en el capítulo tercero.

El tercer capítulo se inicia con el relato de una curación realizada en la sinagoga un día de sábado. La acción de Jesús resultaba provocadora para los fieles judíos presentes y para quienes –fariseos y herodianos –habían llegado para observar a este nuevo predicador galileo. El relato concluye con una inicial toma de posición amenazante: “se confabularon contra él para ver cómo eliminarlo” (Mc.3,6). Continúa el relato con dos anotaciones: la predicación y el éxito inicial: “una gran muchedumbre, al oír lo que hacía, acudió a él” (Mc.3,8) y la “institución de los Doce” con su misión: “para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar” (Mc.3,14) y consignando sus nombres. El texto de la lectura de este domingo contiene tres momentos. El primero y el tercero hacen referencia a los familiares de Jesús y el segundo, más desarrollado, a las acusaciones de los escribas contra Jesús a causa de sus acciones contra los demonios y de la autoridad con que realiza estas acciones: “por el príncipe de los demonios expulsa los demonios”. Parece que a los familiares de Jesús no les resultaba fácil entender su predicación y, sobre todo, su cercanía a los que la Ley (Torá) rechazaba. Su mismo éxito les confunde y atemoriza: “Se enteraron sus parientes y fueron a hacerse cargo de él, pues decían: “Está fuera de sí”. Una buena manera de protegerse de tener que tomar en serio la exigencia que la escucha y el seguimiento de Jesús provocan. El “estar con él” que propone a los “Doce” –y a todo discípulo- no significa sólo cercanía física o espiritual. Supone, ciertamente relación personal, existencial, -como la de la vid y los sarmientos, les explicará más tarde-; implicará “estar con él” en nuestro mundo y realidad como él supo “estar” situado y activo en su tiempo. Esa su manera de “estar” es lo que atraía y convocaba a la muchedumbre. Es significativa la expresión: “al oír lo que hacía” (Mc. 3,8). Más que las palabras y el discurso es la acción y el modo de vida –la coherencia entre lo que se dice y lo que se vive- lo que atrae o lo que distancia. Son importantes las palabras y la doctrina –pensemos hoy en la sinodalidad–, lo difícil de asumir resulta una

---

\* Ciclo A

práctica nueva de la fraternidad, el reconocimiento de la ministerialidad que brota para todos y todas del bautismo. Y si pensamos más ampliamente en la sociedad, no se discute la dignidad igual de todos los ciudadanos, lo que cuesta es asumir y promover los mismos derechos de quienes por siglos han sido postergados e ignorados.

En la última parte del texto propuesto vuelven hacerse presentes los familiares, esta vez de manera más explícita y precisa: “su madre y sus hermanos”. Respetuosamente “quedándose fuera, le envían a llamar”. Dentro estaba “mucha gente sentada a su alrededor”. La respuesta de Jesús, que se siente cómodo rodeado de la gente, no rechaza ni desconoce a su madre y a sus hermanos; más bien los invita a sentirse parte de esa nueva familia más amplia que acoge a quienes como discípulas y discípulos están sentados en su entorno, escuchando y dispuestos a “cumplir la voluntad de Dios”. ¡Cuánto bien nos haría en nuestra humanidad hoy dejar de lado límites y barreras culturales, raciales y cualquier otra, y descubrir que lo que une y hermana es la disposición a “cumplir la voluntad de Dios”, que consiste fundamentalmente en que nos reconozcamos hermanos y hermanas como fundamento de una justicia nueva, de relaciones humanas e internacionales, que aun en las diferencias y en los conflictos nos veamos no como enemigos sino como hermanos parte de la misma familia humana! Esta mirada amplia y profunda de Jesús que compartimos con otras religiones y con otras personas no creyentes en Dios, pero sí en la vida de todo ser humano y en la paz, permitiría que antes de disparar una sola bomba y generar un solo muerto pensemos que somos capaces de sentarnos a discutir caminos de entendimiento y de paz. Aun con lazos de sangre y de ideologías distintos podremos tener como lema que sustente el diálogo: “ese es mi hermano, mi hermana y mi madre”.

La crítica de los escribas: “por el príncipe de los demonios expulsa a los demonios” la desbarata fácilmente: no puede estar Satanás contra él mismo, él solo se destruiría. Más problemáticas resultan las palabras sobre pecados que se perdonan y otros -“Blasfemar contra el Espíritu Santo”- que no se perdonan. Difíciles de entender en quien había pasado la vida acogiendo y ofreciendo perdón a las personas discriminadas y rechazadas como “pecadores”. Se trataría de quienes obstinadamente confundían con “el príncipe de los demonios... un espíritu inmundo” el Espíritu Santo, que habita y conduce a Jesús en su manera de vivir y actuar frente a los espíritus malos que esclavizan y maltratan a las personas despreciadas como “pecadores”. De todas formas, no se puede interpretar correctamente ese dicho aislándolo del conjunto del mensaje y de la práctica de Jesús. Y mucho menos para condenar y excluir a quien no piensa o interpreta como yo lo hago.

La lectura del Génesis propuesta es la respuesta de Dios a la desobediencia o rechazo por parte de la primera pareja humana. Dios responde fuerte, pero preguntando primero: “¿dónde estás”, equivalente a ¿qué has hecho? Invitando al hombre y a la mujer a reconocer su responsabilidad y su libertad. La respuesta de ambos no está a la altura, es más una excusa, descargando en otro su propia responsabilidad, como anticipando el juego infantil del “gran bonetón”. La pregunta de Dios; ¿dónde estás?, ¿qué has hecho? se deja oír con fuerza en la conciencia moral y en la ética pública cuando uno se enfrenta a las muertes de ciudadanos, al creciente número de muertos

por el hambre y a los miles de muertos de la guerra, Las respuestas, descargando explicaciones y culpas sobre otros, incluso sobre las víctimas, suenan como las excusas que leíamos en el Génesis, salvo que se trata de algo mucho más grave: la muerte de seres humanos inocentes

La segunda lectura, tomada de la segunda carta de Pablo a los Corintios encaja bien en este tiempo donde son muchos los que callan, atemorizados o cómplices. Pablo invoca “aquel espíritu de la fe conforme a lo que está escrito: Creí, por eso hablé”. Ante el desánimo por la fuerza del mal que parece invadirlo todo, hace presente la fe en el Dios de la vida, “sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús, también nos resucitará con Jesús”. La fe en la resurrección es el fundamento firme de la esperanza. “Por eso no desfallecemos”, ni ante la fragilidad personal que con el paso de los años uno va sintiendo más fuerte, ni ante la complejidad de la vida nacional e internacional, que parece haber olvidado que la vida, la justicia y la paz son valores infinitamente superiores al poder del dinero y al dominio político. La propuesta del Reino de Dios -aun como “semilla pequeña”- está presente y actuante en la historia humana. La resurrección de Jesús fue la “primicia”, se consumará en la humanidad nueva justa y fraterna. Eso mismo que es don escatológico de Dios, es a la vez nuestra tarea en la historia.